

Por la contra, para los Cristianos primitivos los aspectos dominantes del tiempo no era ni el pasado ni el presente, sino que dirigió sus miras hacia el futuro, con lo que según el filósofo Erich Frank², «con el cristianismo... el hombre adquirió una nueva comprensión del tiempo», para los que el tiempo había empezado con la Creación y acabaría con la segunda venida de Cristo. Pero la técnica no avanza y sigue utilizándose como medio de medición sigue utilizándose los relojes solares y de agua, como en la Grecia Clásica.

Los hombres de la Edad Media, presentaban especial interés a la astronomía, porque ofrecía los mejores medios de conocimiento y de control de los acontecimientos terrestres. El mundo del medioevo estuvo muy condicionado por la sociedad feudal, y sobre todo por la Iglesia, quien hasta el s. XIV, fue la única en la medida y división del tiempo. Pero ante todas estas revelaciones, John Nef en sus Wiles Lectures de 1956, concluye que «*e origen de la mentalidad cuantitativa actual no llegará hasta las últimas décadas del s. XVI*».

En la tercera parte, tras este recorrido histórico, Whitrow comienza con el tiempo en el mundo contemporáneo que comporta el desarrollo científico y técnico, cuya máxima será la creación del *reloj mecánico*, cuyo origen aunque continua siendo un misterio, se establece en los últimos años del s. XVIII (1280-1300). El invento crucial que hizo crucial el reloj mecánico fue el escape de eje volante, aunque no se sabe quién fue su creador; su influencia más sobresaliente sobre el mundo moderno fue que la mayor parte de Europa Occidental, adoptó la hora uniforme de 60 minutos.

Para Whitrow, la aparición del reloj mecánico tuvo una fuerte influencia social que ha repercutido en toda ideología moderna, así como en los conceptos de *desarrollo* y *progreso* que llegan hasta nosotros.

ANTONIA MARÍA LEGIDOS MARTÍNEZ

María Eugenia Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Edición ampliada y puesta al día. Crítica/Arqueología, 371 pp., 106 figs. y 2 cuadros. Barcelona 1994.

Con esta nueva edición, M. Eugenia Aubet, Catedrática de Prehistoria de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, intenta revitalizar la primera publicación de «Tiro y...» de 1987, a través de «la perspectiva que dan los años» y ante «la vigencia limitada de las síntesis histórico-arqueológicas, especialmente en el caso de la arqueología fenicia», en palabras de la propia autora.

La profesora Aubet deja clara la función del libro en las páginas de la Introducción: «aportar al lector y al estudioso interesado en la cuestión fenicia una síntesis del estado actual de la investigación y el planteamiento de nuevas hipótesis sobre los fenicios y su empresa colonial en Occidente», si bien reconoce tener que salvar tres grandes problemas: en primer lugar, uno de carácter técnico, como es la escasa y confusa bibliografía existente sobre el tema; en segundo lugar, la dificultad metodológica de aunar los logros de la arqueología y de la historiografía clásica; y, por fin, el inevitable subjetivismo que ofrece el estudio de los fenicios.

2 E. FRANK, *Philosophical Understanding and Religious Truth*, Oxford University Press, New York, 1945, p. 68.

En cualquier caso, la autora inicia su estudio, que abarca el período colonial propiamente dicho (esto es, el horizonte arcaico de los siglos VIII-VI), con unos capítulos que analizan la identidad del pueblo fenicio a partir de los factores étnicos, lingüísticos, geográficos e históricos.

En el Capítulo I, «Quiénes eran los fenicios», plantea un debate lingüístico en torno al término fenicios, analizando las diversas posibilidades (Cana'ani, Phoínikes, Poeni,...), para pasar después a la descripción y valoración del territorio en que se gestó el proceso colonial y terminar sentenciando la importancia en el proceso del precedente histórico de la zona, es decir, la Edad del Bronce en Canaán, donde se adivina ya la posición preponderante de centros como Tiro o Biblos.

En el Capítulo II, «Fenicia durante la Edad del Hierro», pretende «poner de manifiesto aquellos factores y variables socioeconómicos cuya acumulación a lo largo de la Edad del Hierro pudo llegar a producir una situación tal de tensión que obligara a Tiro a iniciar la diáspora hacia Occidente». Así, se examinan cuidadosamente diferentes cuestiones, a saber: la calidad de las fuentes literarias, el período «oscuro» de los siglos XII y XI, la relevancia de Tiro, la figura de Hiram I, la estrategia comercial de Tiro en el siglo IX, la presión tributaria asiria sobre los fenicios en los siglos VIII y VII, la fundación de Kition y los logros de la arqueología fenicia en la Edad del Hierro.

A estos dos capítulos de análisis les sigue una parte consagrada a las formas de organización del comercio y de la navegación fenicios durante la época de la colonización, así como a los orígenes de la misma.

En el Capítulo III, «Las bases de la expansión en el Mediterráneo», M. Eugenia Aubet, tras declararse partidaria de una tesis según la cual «la diáspora colonizadora surge de la conjunción de varios factores interrelacionados», analiza las variables de la expansión fenicia a Occidente, la situación del Medio Geográfico, el déficit agrícola y la superpoblación existentes, la necesidad de metales y materiales exóticos para satisfacer a las florecientes industrias especializadas y la vigencia del patrón plata, para terminar sintetizando los diferentes circuitos comerciales.

Los Capítulos IV, «El comercio fenicio: mecanismos de intercambio y organización», y V, «las grandes instituciones políticas: el palacio y el templo», se centran, por un lado, en definir el rol desempeñado por las instituciones políticas y sociales vinculadas al intercambio comercial (principalmente el palacio y el templo, sin olvidar la posición de la iniciativa privada) y por el otro en valorar y analizar los textos clásicos, auténticos filones de oro y fieles reflejos de la diáspora comercial (abarcando desde los mercaderes, príncipes y armadores de Unamón, Isafas o Ezequiel hasta los piratas homéricos). El capítulo también ofrece un paseo por las diversas posturas de los estudiosos del comercio antiguo y sus diferentes escuelas (centrándose en las teorías económicas de la corriente sustantivista) y un resumen de las formas de organización del comercio fenicio. También hay que señalar la dedicación especial que recibe, al final del capítulo V, el culto a Melqart en Tiro, que, según Aubet, «constituye un reflejo directo de la política y aspiraciones de sus monarcas».

El Capítulo VI, «Las rutas de la expansión fenicia en el Mediterráneo» comienza repasando la distribución y localización de los principales yacimientos fenicios en el Mediterráneo. Y puesto que «las fundaciones arcaicas responden a una doble exigencia: el comercio y la navegación» (p. 144), la autora incluye a continuación un análisis de las técnicas y sistemas que les convirtieron en auténticos maestros de la navegación (navegación de cabotaje, de altura, trayectos,...), así como de los barcos (mercantes, de guerra, de transporte local,...), de los puertos, de los vientos y corrientes, y, por encima de todo, de las rutas de navegación: la ruta Tiro-Gadir, la ruta Gadir-Tiro, la travesía del estrecho de Gibraltar y la ruta Atlántica.

El Capítulo VII, «Los fenicios en Occidente: cronología e historiografía», intenta dar solución al problema de la falta de conciliación entre la cronología de los datos arqueológicos y la de los

historiadores clásicos, a través de una revisión de la historiografía clásica y de la moderna y un replanteamiento de viejos problemas como la existencia o no de precolonización, la vigencia de los elementos cananeos en Occidente, la confusión Tarshish-Gadir-Tartessos, o la validez de la estela de Nora.

En el Capítulo VIII, «Las colonias fenicias del Mediterráneo Central», M. Eugenia Aubet nos define el modelo colonial de la zona (en sus tres aspectos: político, estratégico y territorial) a través de una selección de los asentamientos de información histórico-arqueológica más relevante, principalmente tres: Cartago, Motya y Sulcis. La autora no quiere concluir el capítulo sin analizar además los antecedentes y significados del tofet, «sin duda la manifestación cultural más característica».

El Capítulo IX, «Las colonias de Occidente I: Gadir y el comercio atlántico de metales», constituye un repaso, pese a las pocas evidencias arqueológicas de la zona, a la importancia del eje comercial de Gadir y su vasta esfera de influencia económica (Tartessos, costa portuguesa y marroquí, litoral de Orán), mediante la revisión de las fuentes, de la paleografía, de la arqueología, del templo de Melqart como centro protector, de la explotación y comercio de la plata, del desigual intercambio con el hinterland tartésico y del comercio atlántico.

El Capítulo X, «Las colonias de Occidente II: Andalucía mediterránea e Ibiza» completa el recorrido por el ámbito ibérico con el estudio de la red de establecimientos fenicios de la costa de Málaga, Granada, Almería y de Ibiza, siguiendo un esquema similar al capítulo anterior y deteniéndose en algunos lugares de importancia (y de gran conocimiento por parte de la autora) como son Chorreras, Toscanos o Cerro del Villar. El capítulo termina con el análisis de la transición de la fase fenicia a la fase púnica en Occidente, hacia 550 a.C.

En el Capítulo XI, «Consideraciones finales», la autora sintetiza los contenidos del libro por medio de un examen general de los puntos clave del estudio: las diferencias entre factoría, colonia y emporio; el concepto de «diáspora comercial»; la importancia de los modelos occidentales y, por último, la complejidad del comercio y las esferas de interacción, logrando hacer visible el hecho de que «la aventura comercial de Tiro estuvo lejos de constituir una empresa uniforme» (p. 297).

El libro concluye con tres interesantes apéndices: «I. El viaje de Unamón a Fenicia», «II. Oráculos contra Tiro» y «III. Las dataciones radiométricas», (de evidente contenido y sobrada utilidad) y una no muy extensa Bibliografía, quizás en exceso sintetizada y concisa.

En definitiva, la obra de M. Eugenia Aubet, logra sus objetivos y se convierte en un valiosísimo trabajo de divulgación y en un referente obligado para los no expertos en la materia, por su actualidad, su capacidad de síntesis y su claridad, no sólo en el planteamiento, sino también en la resolución de los problemas más acuciantes de la arqueología fenicia. Es este libro, por tanto, un más que válido marco teórico, pese a que, como señala la propia autora, «son muchas las cuestiones que esperan respuesta...».

JORGE A. EIROA RODRÍGUEZ